

# No seas acusica

**M**amá, Alberto me ha pegado”, “señorita, Pedro está copiando mi dibujo”, “devuélveme el coche o se lo diré a tu madre”; este tipo de comentarios y otros similares se escuchan con relativa frecuencia en casa, en el colegio o entre niños cuando están jugando, y quienes las enuncian suelen ser los peor catalogados entre sus compañeros.

Ser el chivato de la clase o el que siempre está acusando a los demás es una grave etiqueta, cualquier otro adjetivo es más aceptable que éste, y esa marca comporta, lógicamente unas consecuencias: el acusica suele quedar al margen del grupo y le resultará difícil integrarse, ya que todos, compañeros, amigos y hermanos, desconfiarán de él y no querrán hacerle partícipe de sus secretos o travesuras.

En el mundo de los adultos, las cosas no son tan distintas y también desconfiamos de quien viene a hablarnos mal de los demás porque sabemos que, en un momento u otro, también seremos la diana de sus chismorreos y críticas.

Si un niño mantiene constantemente esta actitud, deberíamos pensar si no somos los mayores, aunque sea sin darnos cuenta, quienes la fomentamos. De hecho, estamos dando ejemplo de ello cuando les amenazamos con el clásico “cuando venga papá o mamá se lo diré”, o cuando con intenciones pedagógicas señalamos a otro niño diciendo “mira, es un caprichoso; todo el día anda pidiendo cosas”. Mucho más palpable es el caso de los padres que piden a su hijo que haga de detective de las conductas de su hermano y les invitan a que les digan si fuman a escondidas o a que escuchen con quién hablan por teléfono.

**¿Por qué lo hacen?** Aunque no siempre puede generalizarse, hay distintos motivos que pueden llevar a un niño a convertirse en un delator. Los casos más frecuentes son:

- niños inseguros, con dificultades para enfrentarse a los compañeros de su misma edad, y que para evitarse un conflicto con éstos tienden a denunciarles ante los mayores; antes que pelearse por un juguete que el otro le ha quitado, van llorando a la madre o a la profesora.
- niños sumisos que tratan de dar una buena imagen frente a los padres o maestros y que creen que con esta actitud refuerzan aún más esa imagen; suele pasar cuando los propios adultos, conformes con esta sumisión, les incitan al “espionaje”.
- niños con dificultades de integración entre sus semejantes y que buscan, en cambio, quedar como los buenos y educados frente a los adultos; el ejemplo lo encontramos en aquellos niños que se chivan cuando alguien hace alguna travesura.
- niños que no quieren o pueden asumir la responsabilidad de su comportamiento y acusan a los demás para sacarse las culpas de encima; es el caso de aquellos niños que nunca rompen nada, sino que siempre es su hermano, o que siempre están en medio de una disputa por casualidad, pero que nunca reconocerán haberla iniciado.

- niños que sienten muchos celos y rivalidad por sus hermanos, que se sienten menos queridos y pretenden buscar el castigo para su rival; cuando se da esta situación conviene escuchar a las dos partes antes de tomar una decisión.

La respuesta de los mayores frente a estas “denuncias” es muy importante ya que si se les refuerza o se les gratifica por ellas los niños tenderán a repetir su actitud, pues entenderán que eso es lo que se espera de ellos. Es preferible quitar importancia a ese tipo de comentarios y no caer en la trampa de hacerles demasiado caso.

Hemos de tener en cuenta que una actitud muy rígida o autoritaria basada en los castigos repetidos también puede llevar a los niños a mentir y a chivarse de los otros por el temor a las represalias que le pueden caer o, simplemente, para hacer ver a sus padres que todos los demás hacen trastadas.



Para evitar que los niños entren en esta dinámica de acusaciones y chivatazos hay que mostrarles, desde pequeños, que deben aprender a hacerse cargo y responsabilizarse de sus propias conductas y errores, en lugar de observar continuamente a los otros o culparles directamente de lo que ellos mismos hayan hecho.